

que sus obras más famosas son tragedias, pero sabemos ya que su personalidad estaba llena de alegría y humor, lo cual se refleja en muchos aspectos de su obra. Susan Smith Blackburn hace un análisis de las farsas de Lorca y de los personajes y situaciones humorísticas, para llegar a la conclusión de que casi la totalidad de su obra está salpicada por el humor, que produce un agudo contraste con los momentos trágicos.

Entre diversos artículos se completa una visión amplia de la obra de García Lorca: la lírica del *Romancero gitano*, donde su autor no es poeta de ideas sino poeta de mitos; el teatro, tratado en varios artículos; su poesía de madurez, donde alcanza una visión cósmica del mundo y donde el verdadero Lorca se sublima y se hace más esencial. (El negro, el judío, el gitano y el pobre, cuatro tipos humanos que sufren desde que existe el mundo y que representan una parte de la vida del poeta: el dolor de buscar siempre algo que no existe).

Es ésta, en conjunto, una obra valiosa por haber reunido ensayos tan diferentes y tan especializados, que consiguen proporcionar una visión de García Lorca objetiva y subjetiva a la vez; una visión creada a través de tantos puntos de vista, que permite conocer, mejor que muchas otras obras, una verdadera —y en ciertos aspectos nueva— imagen del poeta y de su obra.

PACIENCIA ONTAÑÓN.

Universidad Iberoamericana.

CYRUS C. DECOSTER (ed.), *Obras desconocidas de Juan Valera*, Madrid, Editorial Castalia, 1965; 606 pp.

Aunque a lo largo de su vida había ido Valera coleccionando y reeditando en forma de libro gran parte de los artículos publicados con anterioridad en periódicos y revistas, grande fue también el número de escritos suyos que, a su muerte, no quedaban así reunidos. Muchos fueron recogidos y publicados posteriormente por su hija Carmen en la gran edición de sus *Obras completas*, pero —aun así— no eran pocos los que todavía quedaban en el olvido, diseminados en oscuras revistas, a las que Valera había prestado su colaboración sólo muy ocasionalmente. El profesor DeCoster, con envidiable paciencia y rigurosa dedicación, ha reunido en este bello

y limpio volumen los escritos de Valera que se habían escapado de las ediciones modernas.¹ Empresa fatigosa y difícil, digna —en mi opinión— de todo elogio. No faltará quien considere que algunas de las páginas aquí recogidas bien podrían haber quedado en el olvido, puesto que no añaden, en verdad, ningún timbre de gloria a la obra literaria de Valera. Sin embargo —permítaseme consignarlo desde un principio— juzgo enteramente oportuna su publicación, por muchos y variados motivos. Cualquier página de don Juan Valera puede permitirnos alcanzar un conocimiento más personal, más íntimo, de su carácter, de su actitud humana, de su pensamiento artístico, filosófico y político. Lo que no resulta carente de importancia, dada la vigorosa personalidad del escritor. Por otro lado, en todas estas páginas, aun en los más breves y anodinos fragmentos, pueden hallarse hermosas muestras de fino estilo, del terso escribir de Valera. Todas ellas nos permiten degustar hoy —en esta época de escritura facilona y simplista, en esta etapa de aplebeyamiento del estilo, de empobrecimiento del léxico y la sintaxis— la prosa elegante y rica, el estilo cuidado y castizo, el buen gusto y el alto sentido estético de don Juan Valera. Además, puestos a reunir las páginas olvidadas de un escritor, la elección de unas y el rechazo de otras resultaría siempre actitud peligrosa: el criterio de selección que cada editor adoptase sería sin duda objeto de discusión y aun de censura por parte de los críticos, ya que toda selección ha de responder a motivaciones, principios o preferencias personales, que rara vez obtienen la aprobación general. Por ello, considero que ha actuado inteligentemente el profesor DeCoster al incluir en este volumen todos los escritos olvidados o inéditos de Valera que han llegado a sus manos.² Y creo que merece —por su dedicación y diligencia— nuestro sincero reconocimiento.

¹ No todo lo reunido se publica aquí; los artículos que Valera había escrito para *El Contemporáneo* los reserva DeCoster —por ser ellos muy numerosos— para un volumen subsecuente, que vendrá a complementar al que ahora comentamos. Habrá que pensar en editar también todo su epistolario, ya que “aunque en años recientes se han coleccionado y publicado varios centenares de cartas de Valera, al menos otras mil existen en forma autógrafa”, archivadas sobre todo en el Ministerio de Asuntos Exteriores (cf. DeCoster, “Introducción”, p. 16).

² No sólo se trata de artículos perdidos en oscuras revistas —algunas de vida efímera—, sino también de cartas y otros manuscritos que estaban en posesión de sus herederos. Recoge, inclusive, DeCoster algunos escritos que, por no estar firmados, sólo pueden atribuirse —aunque por poderosas razones— a Valera.

DeCoster ha clasificado con pulcritud los diversos materiales, agrupándolos —según géneros y temas— en nueve apartados de desigual interés: novela, poesía, prólogos, estudios literarios, filosóficos, históricos y políticos, artículos destinados al *Diccionario enciclopédico hispanoamericano* y, finalmente, un apartado misceláneo, en el que se cobijan cuatro escritos breves, de tema vario. Los materiales se ordenan, dentro de cada sección, atendiendo a su cronología, lo cual debe de haber sido motivo de inquietud para el profesor DeCoster, ya que no siempre era fácil datar con seguridad los diversos papeles encontrados.³

He indicado que no todo lo reunido ofrece igual interés. En efecto, los fragmentos novelísticos son tan breves que resultan de escaso valor, tanto desde el punto de vista literario cuanto del biográfico; no obstante, DeCoster los destaca “porque nos muestran a Valera usando los mismos temas y el mismo escenario que en otras novelas”. Tampoco las poesías recogidas ofrecen, por lo general, atractivo alguno: las más de ellas, pretendiendo ser humorísticas o satíricas, resultan en realidad un tanto pedestres y desangeladas.

Pero, en cambio, ¡cuánta elegancia, cuánto armonioso equilibrio, cuánta fina tersura en la prosa de los ensayos literarios o de los prólogos! De todos los apartados enumerados, considero —y, como en toda selección, mi preferencia obedece a motivos personales, tal vez equivocados— que el de mayor valor es el dedicado a los estudios literarios, no sólo por su amplitud (pp. 115-309), sino especialmente por la altura de las ideas expresadas, por la galanura con que están escritos y por su importancia intrínseca como exponentes del pensamiento estético de Valera, de sus inclinaciones artísticas y de sus preferencias literarias. También en los prólogos destinados a sus propias obras incluía Valera no pocos juicios y meditaciones en torno a la literatura. Así, en uno de ellos, define sus ideales artísticos y se define, a la par, a sí mismo: “Ni aun en la época de mayor fervor y entronizamiento del romanticismo, había sido yo *romántico*, sino *clásico* a mi manera: manera, por

³ Para conseguirlo, atendió a los temas tratados en ellos, a referencias dispersas en el amplio epistolario de Valera, al estilo mismo de los escritos, e inclusive a los caracteres físicos de la escritura, regular y clara normalmente, pero que a partir de 1890 se torna desigual y difícilmente legible, hasta el punto de que, en el otoño de 1895, se vio obligado Valera a utilizar los servicios de su secretario, Pedro de la Gala, al que dictó sus pensamientos durante el último decenio de su vida.

cierto, hartó diferente del pseudo-clasicismo francés, introducido en España por Luzán y los Moratines. Yo era adorador, idólatra de la forma, pero de la forma íntima, espiritual, no de la estructura, no del atildamiento nimio, pueril y afectado; yo era fervoroso creyente en los misterios del estilo, en aquella sencillez y pureza, por donde el estilo realza las ideas y los sentimientos, y pone en la escritura, con encanto indestructible, toda la mente y todo el corazón de los autores" (p. 90).

Otras veces —muchas— su distinción intelectual, su elegancia de pensamiento y su aristocrático buen gusto reaccionan violentamente contra los excesos de la mediocre vulgaridad que empezaba ya a hacer acto de presencia en su tiempo, y que hoy nos va envolviendo —sin que lleguemos a advertirlo— para acabar tal vez por asfixiarnos algún día: "Como son pocos los eruditos que tienen buen gusto, los que no le tienen han desenterrado mil libros bárbaros o necios, con harta razón olvidados; han sacado a relucir poemas informes escritos en idiomas que apenas son idiomas, equiparándolos a los más inauditos, acabados y maravillosos engendros de la mente humana, y han preferido, por ejemplo, los ahullos poéticos de los caribes a las odas de Horacio, las canciones de los negros de Angola a las de Petrarca, los poemas de Berceo a los de Virgilio, y a las Pastorales de Longus el más absurdo cuento de viejas" (p. 86). Por idénticos motivos, un espíritu tan selecto como el suyo tenía que reaccionar —asqueado— contra las morbosidades y la vulgaridad de ciertas novelas naturalistas,⁴ y más aún contra la insania y el impudor de la que llama "*novela enfermiza*, llena de malsanos y encanijados refinamientos de lascivia" (p. 287).

De gran interés, también, me parecen las páginas dedicadas a defender y aun a revalorar la hasta entonces despreciada poesía española de los siglos XVIII y XIX (pp. 275-281). Y, asimismo, su sentida y aun angustiada reelaboración del tema de las armas y las letras, condicionada por la gravedad de la situación interna-

⁴ Ya que, en ellas, "el mundo viene a ser una pocilga y los hombres *bestias humanas*, cerdos, con perdón sea dicho, que en ella se revuelcan... El crimen brota en nuestro cerebro como una planta en un tiesto; todo amor es caso de patología; el misticismo y la lujuria son equivalentes, y el ser borracho, libertino, homicida o ladrón se hereda como se hereda o se heredaba una capellanía o un mayorazgo" (p. 285).

cional, en uno de esos anubarrados momentos históricos de crisis bélica.⁵

Su noble y mesurado patriotismo brota aquí y allá, con reiterada frecuencia, en varios de estos artículos. Y siempre—inclusive en los escritos de carácter político, en los discursos polémicos destinados a ser leídos en el Congreso de Diputados— hace gala Valera de su juicio sano y equilibrado, de su señorial elegancia estilística, de su caballerosa cortesía aun para con sus rivales y enemigos.

No me resta sino repetir mi felicitación al profesor DeCoster por la pulcra y oportuna edición de estos escritos, a través de los cuales podemos conocer mejor el pensamiento y los sentimientos de Valera, en especial durante una época muy importante de su vida, “cuando se dedicaba principalmente al periodismo y a la política, y empezaba a ganar fama como hombre de letras”.

JUAN M. LOPE BLANCH.

DOLORES ACKEL FIORE, *Rubén Darío in search of inspiration. Greco-Roman mythology in his stories and poetry*, New York, Las Américas Publishing Co., 1963; 178 págs.

La obra de Rubén Darío estuvo marcadamente influida por el mundo greco-latino, que le ofrecía una atmósfera culta, de la cual gustaba impregnar su poesía. Se manifestó esta influencia en la alusión frecuente a dioses mitológicos y a poetas clásicos, en palabras o frases latinas y griegas insertas en el texto castellano, y, lo que es más importante aún, en la búsqueda de un ambiente cortésano francés impregnado de lo greco-romano.

La Dra. Ackel Fiore se centra en este aspecto de la poesía del gran poeta nicaragüense y busca los antecedentes de ese mundo greco-latino en otros poetas parnasianos, pre-modernistas y clásicos españoles, para lo cual comienza con un análisis del modernismo literario. Llamarlo revolución literaria o “literary revolt” parece un poco exagerado visto desde nuestra época, puesto que no reaccionaron completamente los poetas modernistas contra las posicio-

⁵ Me refiero a la justificación del proyecto que con Menéndez y Pelayo abrigaba de fundar una revista literaria de alto nivel cultural, en momentos en que la situación europea más inclinaba a pensar en un conflicto armado inminente, que en las “amenas ficciones literarias” (cf. pp. 295-302: “Programa de El Observador”).